



Triduo a San Antonio María Claret

2026



La temática del Triduo de este año se inspira en el lema del próximo Capítulo General: «UNA MISIÓN, UNIDOS EN LA MISIÓN. Misioneros proféticos y místicos en camino». Desde esta perspectiva, nuestra mirada se dirige a nuestro Fundador para reconocer, en su perfil de santidad, tres dimensiones esenciales de nuestra identidad: *la misión, la comunión y la mística*. Este triduo complementa nuestra preparación al Capítulo junto a los retiros y conversaciones espirituales propuestos.

Día 1. Claret, hombre de misión:

"Yo quisiera correr"

Una vida entregada al anuncio del Evangelio



1. Monición de entrada

En este primer día, centramos la mirada en una dimensión nuclear de la vida de Claret: su sentido misionero. Conviene recuperar una afirmación que no nos cansaremos de repetir: san Antonio María Claret fue un Apóstol. No simplemente un hombre dedicado al apostolado, sino un Apóstol cuya existencia quedó enteramente configurada por la misión. De hecho, se ha llegado a afirmar que *«en algún modo puede decirse que fue apóstol antes que hombre»*¹. En esa misma línea, resulta especialmente significativo el testimonio de Paladio Currius, quien, al referirse a los afanes misioneros de Claret, sintetizó así su vena evangelizadora: *«El misionar era su pasión dominante»*².

La misión, por tanto, no fue para Claret un elemento secundario o circunstancial, sino la razón de ser de toda su existencia. Si hay una constante que impresiona al recorrer sus escritos, y particularmente su *Autobiografía*, es la conciencia viva, intensa y permanente de su vocación apostólica. Vocación que no entendió como un apostolado ordinario, sino como una llamada a un apostolado extraordinario, de excepción³.

2. Texto bíblico (2 Cor 5, 14-25)

Hermanos: Nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos.

3. Texto claretiano: Carta al Misionero Teófilo (Cap. I nn. 1.3)

*«Mi apreciado Teófilo... El mayor sacrificio que puedes hacer a tu Dios y Señor, es dedicarte a las misiones y a la conversión de los pecadores... Este ministerio tan sublime, tan santo y tan divino, Jesucristo se ha dignado confiarlo a los Apóstoles y a los misioneros apostólicos, diciéndoles: Como me envió mi Padre, así os envío yo. Y ha querido, dice San Jerónimo, que fuésemos salvadores del mundo. ... Debemos animarnos muchísimo en trabajar día y noche en nuestra misión, en derramar la sangre de nuestras venas, y en prodigar nuestra vida en la flor de sus años, como hizo Jesús, si tal fuere su santísima voluntad. Quiero decirte que por ninguna cosa has de arredrarte, ni espantarte, sino siempre continuar adelante»*⁴.

¹ F. DE A. AGUILAR, *Vida del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret, misionero apostólico, arzobispo de Cuba y después de Trajanópolis*, Madrid 1871, p. 15.

² CURRIUS, P. *CARTA AL EXCMO. SR. D. JOSÉ CAIXAL*, 28-4-1858.

³ Cf. AUT 113-120; 214-233, 234-241.

⁴ *CARTA AL MISIONERO TEÓFILO*, CAP. I, NN. 1.3, SECRETARIADO CLARETIANO, ROMA, 1979, pp. 21.23.

4. Reflexión: “Yo quisiera correr”

Existe una anécdota en la vida de Claret que muestra no solo hasta qué punto predicaba, sino, sobre todo, la urgencia interior que lo movía a anunciar el Evangelio allí donde encontrara a las personas. La escena se sitúa en 1861, durante su estancia en Madrid. Claret era entonces arzobispo de Santiago de Cuba y se encontraba en la corte desempeñando su tarea como confesor de la reina Isabel II. Hombre de intensa actividad misionera, vivía con especial dificultad la relativa inactividad apostólica que le imponía su permanencia en la corte. Lo experimentaba casi como un impedimento para su propia vocación misionera.

Aquel mismo año había predicado misiones y ejercicios que habrían colmado la entrega de cualquier otro. Sin embargo, Claret sentía que era poco y deseaba más. Así se lo expresa al P. Jaime Clotet: *«La pena mayor que tengo es el tener que estar estacionado en esta corte. Es verdad que predico siempre en las cárceles, hospitales, hospicios, conventos y pueblo, pero no me satisface. Yo quisiera correr»*⁵. Claret se consolaba pensando en el próximo viaje de la reina: *«El 15 saldremos para Santander, en que pienso saciarme, pues sé que me están esperando con mucha ansia el clero, las religiosas, el pueblo, etc.»*⁶

Y en efecto poco después tuvo ocasión de poner en práctica aquel deseo de «correr». Durante los viajes con la familia real, Claret aprovechaba para hacer lo que siempre hizo: evangelizar anunciando la Palabra de Dios sin descanso. La fuerza de esta anécdota no está, en realidad, en el número de sermones. Está en aquella expresión sencilla y extraordinariamente reveladora: *«Yo quisiera correr»*.

Claret no concibe la misión como una tarea que se realiza únicamente cuando las circunstancias lo permiten. La misión la lleva dentro. De ahí que buscara cualquier resquicio, cualquier ocasión, cualquier lugar donde pudiera encontrarse con alguien y anunciarle el Evangelio. Si está en un pueblo, predica; si está en la corte, predica; si está en una cárcel, predica; si está en un hospital, predica. Y si el tren se detiene y hay gente en el andén, también predica.

Aquí aparece una clave particularmente sugerente para nuestro Triduo: para Claret, la misión no consiste simplemente en tener algo que hacer, sino en dejarse mover por el amor de Cristo y sentirse enviado en la lógica de aquella expresión de san Pablo: *«el amor de Cristo nos urge»* (2 Cor 5,14).

Ahora bien, precisamente aquí conviene hacer una distinción importante: *el celo apostólico no es lo mismo que las prisas del activismo*. El celo apostólico nace del amor; el activismo, de la presión de rendimiento. Uno brota de un fuego interior; el otro se alimenta con frecuencia de la sensación de que todo depende de nosotros. El celo procura la gloria de Dios; el activismo deja que se cuele, casi sin advertirlo, una cierta vanidad. El primero sabe esperar el tiempo de Dios; el segundo se tensa e impacienta. El celo conduce a la entrega; el activismo puede llevar a buscar, bajo formas diversas, algún tipo de compensación personal.

Por eso, *el celo apostólico no es pasividad ni lentitud*. Puede reclamar mucha entrega, un trabajo intenso y una respuesta pronta cuando la situación lo exige. Pero mantiene la paz interior, porque no nace de la ansiedad por llegar a todo, sino de la libertad de quien sabe que la misión pertenece a Dios.

El activismo, en cambio, puede llevarnos a confundir fidelidad con eficacia, disponibilidad

⁵ CARTA AL P. JAIME CLOTET, MADRID 1º DE JULIO DE 1861: EC, II, p. 321

⁶ *IBIDEM*.

con estar permanentemente ocupados y fecundidad con multiplicar iniciativas. Y así corremos el riesgo de estar siempre en movimiento sin detenernos a discernir qué es lo que realmente nos mueve a correr.

Quizá por eso la expresión de Claret resulta tan provocadora: «*Yo quisiera correr*». No expresa simplemente impaciencia por hacer cosas. Expresa el deseo ardiente de llegar a las personas porque lleva dentro el fuego de la misión. Por ello, certeramente podemos decir que fue un contemplativo en la misión.

Y a nosotros, ¿qué es lo que realmente nos mueve? ¿El amor a Cristo y a las personas, o la presión de nuestras tareas, programas y responsabilidades? ¿Sabemos distinguir el celo misionero del activismo? ¿Estamos disponibles para descubrir dónde nos espera hoy la misión, incluso cuando las circunstancias no son las que habíamos previsto?

5. Preces

Recogiendo los ecos de la meditación sobre el fuego del amor de Cristo que nos urge y nos lleva al discernimiento frente al activismo, confiando en que la misión es de Dios, elevemos nuestra plegaria al Señor de la Misión:

- Por la Iglesia, para que, movida por el amor de Cristo, anuncie el Evangelio con un corazón ardiente y disponible, y sepa salir al encuentro de las personas allí donde se encuentran. *Roguemos al Señor.*
- Por los miembros de la Familia Claretiana, para que, como Claret, mantengamos vivo el deseo de «correr» al encuentro de quienes necesitan una palabra de esperanza, y encontremos siempre nuevos caminos para anunciar el Evangelio. *Roguemos al Señor.*
- Para que el Señor nos libre de las prisas, la dispersión y el activismo que nos hacen olvidar que la misión es suya; que nos conceda un celo apostólico nacido del amor, capaz de trabajar con generosidad y, al mismo tiempo, de esperar con paz los tiempos de Dios. *Roguemos al Señor.*
- Por cada uno de nosotros y por todos los que compartimos la misión claretiana, para que el amor de Cristo nos urja, nos haga libres de toda vanidad y nos enseñe a entregar nuestra vida con alegría, sabiendo que solo Él puede hacer fecundo nuestro trabajo. *Roguemos al Señor.*

6. Padre nuestro

Con Claret, dejemos que el amor de Cristo nos impulse y, como misioneros, recemos juntos al Padre.

7. Oración final

Señor Jesús, enciende en nosotros el fuego que ardía en san Antonio María Claret. Que no nos mueva la prisa, sino tu amor; que sepamos salir al encuentro de las personas y anunciar con alegría tu Evangelio. Haz nuestro corazón misionero, para que, como Claret, podamos decir: «**Yo quisiera correr**», porque el amor de Cristo nos urge. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

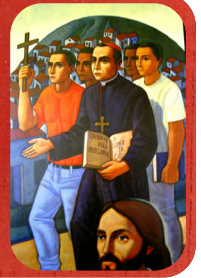
8. Cántico final



Día 2 Claret, hombre de comunión:

El dedo de Dios

Caminar juntos para una misión compartida



1. Monición de entrada

La temática de este segundo día del Triduo Claretiano, inspirada en el lema del XXVII Capítulo General —«*Una misión, unidos en la misión*»—, nos invita a responder a la llamada constante de la Iglesia: profundizar, con espíritu sinodal, tanto en nuestra comunión con el Señor como en la fraternidad entre nosotros.

Solo desde esa comunión podremos contribuir eficazmente a la construcción de un mundo más justo y fraterno, encaminado a constituirse como una sola familia humana. Esta «unidad en la diversidad» comienza en nuestra propia Congregación, a la que Dios nos ha convocado desde una gran pluralidad de culturas, lenguas, generaciones y personalidades procedentes de todos los continentes. De este modo, damos vida al sueño congregacional de «*compartir nuestra vida, diversidad y recursos en comunidades configuradas por la misión...*» (QC 43).

2. Texto bíblico (Hch 2, 7-11)

«Atónitos y fuera de sí por el asombro, comentaban: “¿Acaso no son galileos todos estos que están hablando? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, del Ponto y de Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de los distritos de Libia junto a Cirene; romanos aquí residentes, judíos y prosélitos, cretenses y árabes: todos los oímos proclamar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios”».

3. Texto claretiano: *El dedo de Dios*

«Yo alguna vez pensaba cómo podía ser aquello: que reinara tanta paz, tanta alegría, tan buena armonía en tantos sujetos y por tanto tiempo. Y no me podía dar otra razón que decir: “*Digitus Dei est hic*” —el dedo de Dios está aquí—. Esta es una gracia singular que Dios nos dispensa por su infinita bondad y misericordia. Conocía que el Señor bendecía los medios que de nuestra parte poníamos para obtener esta especialísima gracia» (Aut. 609.)

4. Reflexión

El pasaje de los Hechos de los Apóstoles nos sitúa en Pentecostés: los discípulos reciben el don del Espíritu Santo, que les transforma el miedo en audacia misionera y las pretensiones de honor en comunión y armonía fraterna. Frente a la dispersión y la confusión de Babel (cf. Gen 11, 1-9), irrumpe el tiempo del Espíritu, capaz de hacer que cada pueblo escuche en su propia lengua las maravillas de Dios. Es el lenguaje universal del amor y de la comunión.

Aunque los relatos de los Hechos puedan parecer impregnados de idealismo, léidos desde la fe revelan lo que Dios verdaderamente puede suscitar en medio de nosotros. No dejemos

que el escepticismo o el desánimo eclipsen la confianza en la gracia.

Por su parte, el fragmento de la Autobiografía refleja la admiración del Padre Fundador ante la convivencia en su comunidad de Santiago de Cuba: una vida en la que prevalecían de modo estable la paz, la alegría y la concordia entre personalidades tan diversas. Él mismo recuerda con enorme gratitud a sus compañeros: «Muchísimas gracias debo dar a Dios por haberme deparado tan buenos compañeros. Todos fueron de conducta intachable. Jamás me dieron un disgusto. Por el contrario, todos me sirvieron de grande consuelo y alivio». (Aut. 606-607)

Lo interesante es que aquella convivencia llamaba la atención de quienes los contemplaban desde fuera. No eran simplemente un grupo eficaz de colaboradores: compartían la vida, un mismo ritmo de oración y trabajo, y una relación verdaderamente fraterna. Claret percibía en aquella experiencia el paso de un «equipo de trabajo» a una comunidad misionera: personas diferentes que no solo colaboraban en una tarea, sino que compartían vida, misión, corresponsabilidad y fraternidad.

Y, ante aquella experiencia de comunión, Claret no se atribuía el mérito ni lo explicaba por su capacidad de liderazgo. Su respuesta era mucho más sencilla y profunda: «El dedo de Dios está aquí». Podría pensarse que se trata de una estampa idealizada; sin embargo, tenemos sólidas razones para reconocer en ella una realidad histórica:

- La **prudencia** y dedicación con que Claret discernió y eligió a sus colaboradores inmediatos.
- La **madurez** humana y espiritual de su equipo: los perfiles trazados en la Autobiografía confirman que no solo contaban con antecedentes intachables, sino que desarrollaron más adelante una trayectoria fecunda y ejemplar —algunos de ellos con merecida fama de santidad—.
- La **primacía de la gracia**: Claret atribuye sin vacilar esa armonía a la acción divina: «el dedo de Dios está aquí».

Ese «dedo de Dios» es el mismo Espíritu de unidad que aquellos sacerdotes propiciaban con su entrega. La Autobiografía deja claro que el Señor bendecía los medios humanos y espirituales que ellos ponían en práctica: la acción de Dios florece con fecundidad cuando encuentra corazones dispuestos a colaborar con su gracia.

Hoy necesitamos renovar esa mirada de fe. Como constatan los últimos Capítulos Generales, muchos misioneros viven su consagración con hondo sentido de pertenencia: valoran a sus hermanos, aprecian las obras comunes, aman nuestra historia y se reconocen con emoción en nuestros símbolos (cf. EMP 24; PQTV 28-29; HAC 16-17; MS 25-27).

Al mismo tiempo, no podemos ignorar que surgen insatisfacciones en la vida comunitaria, que a veces derivan en repliegues individualistas, activismo pastoral desvinculado de los hermanos, rivalidades o apatía. En ocasiones nos sentimos realizados en el ministerio, pero desencantados en la vida fraterna, cayendo en la rutina, la frustración o la dispersión (cf. EMP 24; HAC 37-41; MS 46-47).

En la Carta-anuncio del XXVII Capítulo General se nos recuerda la convicción del Papa Francisco: «*El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio*». Respondiendo a este horizonte, la Congregación viene promoviendo un discernimiento sinodal mediante «las conversaciones en el Espíritu», que nos ayudan a escuchar la voz de Dios y a renovar nuestros estilos comunitarios en clave de misión compartida.

Frente a los signos de fragmentación y deshumanización del mundo actual (cf. Carta-anuncio, 12-15), estamos llamados a redescubrir la fuerza profética de la fraternidad, de la corresponsabilidad y de la comunión. La llamada a vivir «una misión, unidos en la misión» se vuelve hoy tan apremiante como esperanzadora.

Resaltamos tres prioridades para nuestro caminar:

- **Generar comunidades configuradas por la misión**, conscientes de que la misión compartida forja nuestra identidad.
- **Aprender a compartir** lo que somos y tenemos: nuestra vida, nuestra diversidad y nuestros recursos.
- **Cultivar el cuidado mutuo** y el arte del acompañamiento, para que cada comunidad sea hogar, familia y espacio de discernimiento evangélico.

5. Preces

Padre de bondad, que desees la unidad de tu Iglesia y la concordia de todos los pueblos, acoge las plegarias que te presentamos por intercesión de nuestro Padre Fundador:

- Por la Iglesia universal, sus pastores y todo el pueblo de Dios: para que, guiados por el Espíritu Santo, seamos en el mundo testigos creíbles de reconciliación y comunión. *Roguemos al Señor.*
- Por los pueblos y naciones, en especial por sus gobernantes: para que, reconociendo la riqueza de la diversidad, promuevan incansablemente la justicia, la solidaridad y la paz. *Roguemos al Señor.*
- Por nuestra Congregación de Misioneros: para que, en la memoria de San Antonio María Claret, renovemos el compromiso de cuidar la fraternidad, la alegría compartida y la armonía comunitaria. *Roguemos al Señor.*
- Por el XXVII Capítulo General y su proceso de preparación: para que nos impulse a caminar con espíritu sinodal, abrazando con audacia la interculturalidad y el diálogo intergeneracional. *Roguemos al Señor.*

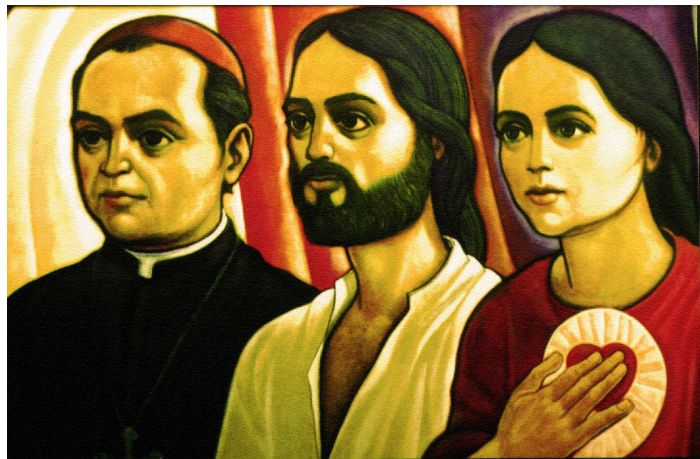
6. Padre nuestro

Pidiendo al Padre el don de su Espíritu, para que venza nuestras divisiones, fortalezca la fraternidad y haga de nuestras comunidades hogares de comunión y misión, digamos con fe.

7. Oración final

Espíritu de los Siete Dones: venimos ante Ti para abrir el corazón a tu gracia. Podría ser la Sabiduría para superar nuestra torpeza e ignorancia; regálanos tu Luz, tu Ciencia y tu Consejo. Podría ser la Fortaleza frente a nuestras cobardías y temores. Podría ser la Piedad y el Santo Temor para aprender a llamar a Dios "Padre". Podría ser un espíritu sinodal para saber caminar con los hermanos. Pasa por nuestra casa, Espíritu Santo, y quédate con nosotros. Amén».

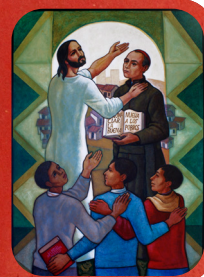
8. Cántico final



Día 3 Claret, místico misionero:

"El amante de Jesucristo"

Arder en el amor para encender el mundo



1. Monición de entrada

Este tercer día de Triduo nos invita a acercarnos a san Antonio María Claret desde una experiencia que marcó profundamente su mística misionera: la lectura de *El amante de Jesucristo*. Aquel pequeño libro no fue para él una lectura más. En medio de sus muchas ocupaciones, una palabra penetró en su corazón, despertó el deseo de amar más a Jesucristo y orientó su vida hacia una entrega cada vez más plena. En sus páginas descubrió un camino de santidad que integra oración, misión y cruz: encontrarse con Dios, salir al encuentro de los demás y permanecer fiel en la prueba. Contemplar hoy a Claret desde esta experiencia significa preguntarnos qué palabra del Evangelio puede volver a encender nuestro corazón y renovar nuestro modo de vivir la misión en clave mística.

2. Texto bíblico (Ezequiel 3, 1-6)

«Entonces me dijo el Señor: "Hijo de hombre, come lo que tienes ahí; cómete este volumen y vete a hablar a la casa de Israel". Abrí la boca y me dio a comer el volumen, diciéndome: "Hijo de hombre, alimenta tu vientre y sacia tus entrañas con este volumen que te doy". Lo comí y me supo en la boca dulce como la miel. Me dijo: "Hijo de hombre, anda, vete a la casa de Israel y diles mis palabras, pues no se te envía a un pueblo de idioma extraño y de lengua extranjera, sino a la casa de Israel; ni a muchos pueblos de idioma extraño y de lengua extranjera que no comprendes».

3. Texto claretiano: *El amante de Jesucristo*⁷

Tras leer el opúsculo *El amante de Jesucristo*, Claret quedó profundamente impactado y, no solo lo tradujo, sino que quiso compartir su propia experiencia deseando que todos pudieran conocerla. Así lo expresa en su «Dedicatoria del traductor a todos los mortales»: "Es una verdad innegable que el que pide alcanza: por mucho tiempo había pedido a Dios el divino amor; a este fin me valía de la intercesión de la Virgen María, madre de este hermoso amor; y como lo deseaba tanto, no dejaba piedra por mover, y de ahí es que no sólo rogaba a los ángeles y santos del cielo, para que alcanzasen de Dios este amor divino, si [no] que también suplicaba a mis amigos y almas buenas que hiciesen oración por mí, a fin de conseguir tan grande don. Y como el Señor no puede resistir a la fuerza de la oración, he aquí que se ha dignado concederme este libro de amor. En algún modo me ha sucedido lo que al Profeta Ezequiel (cap. 3) a quien dijo al Señor: Come lo que te doy... he aquí una mano enviada que traía un libro, y me dijo el Señor: come este libro... abrí mi boca y me sacié con él. Y me dijo: hijo del hombre, tu vientre comerá y tus entrañas quedarán llenas con este libro que te doy: le comí, y le hallé tan dulce en mi boca como la miel [Ez 3, 1-3].

4. Reflexión: El librito que le quemó el corazón

Existe una faceta poco conocida y muy humana que permite mostrar la mística de Claret, no desde fenómenos extraordinarios, sino desde su manera de vivir la presencia de Dios en medio de una actividad desbordante. Al definir al misionero, Claret afirma que quien aspira a la perfección de la vía unitiva debe practicar tres cosas que él mismo trató de vivir: *orar, trabajar y padecer*. ¿Por qué elige precisamente estos tres verbos para señalar las prácticas que considera imprescindibles en quien desea alcanzar la perfección?

La respuesta quizá podamos encontrarla en una anécdota de su vida. En 1847, dos años antes de la fundación de la Congregación, el P. Claret recibió como regalo un pequeño libro francés titulado *El amante de Jesucristo*, del P. Jean Antoine Pelissier⁸. Claret lo había aceptado casi por compromiso, en medio de «muchas y grandes ocupaciones». Pero, al comenzar a leerlo, algo profundo se despertó en su interior. Lo leyó en francés —aunque, según algunos quizá en italiano— y quedó hondamente impresionado. Por aquel tiempo escribía: «Cada día dedico una hora a traducir un librito hermosísimo titulado “El Amante de Jesucristo” (de lo más hermoso que he leído en mi vida)»⁹. Sintió entonces la necesidad de traducirlo y ponerlo al alcance de otros, por lo que lo publicó en castellano al año siguiente. Pero lo más significativo no fue la traducción, sino lo que aquella lectura provocó en él: una punzada espiritual que penetró hasta el fondo de su corazón.

El librito presenta a un personaje imaginario que desea imitar a Jesucristo. En una primera etapa, descubre a Dios en la oración. Esta experiencia profunda le lleva, en un segundo momento, al encuentro con los hombres para comunicarles lo que ha vivido. Finalmente, una larga y dolorosa cadena de enfermedades y persecuciones lo conduce a identificarse con la Pasión del Señor y, a través de ella, a las cimas de la santidad.

En la introducción del libro, Claret compara aquella experiencia suya con la del profeta Ezequiel, que comió el libro y lo encontró dulce como la miel: «De un modo semejante a lo que le ocurrió al profeta Ezequiel (Ez 3,1-3) me ha sucedido a mí: un amigo me vino a ver... me alargó un librito, diciendo que era muy bueno... Para condescender a sus instancias acepté el libro, y, en medio de mis muchas y grandes ocupaciones, traté de leerlo; pero ¡Jesús mío!... ¡qué hallé yo! En este librito, como en aquel campo evangélico, está escondido el tesoro del divino amor. En este librito, como en un mapa, veo trazado el camino que debo seguir para amar a Jesucristo...».

Cuando publicó el libro en castellano introdujo unos “Avisos para los que aspiran a la perfección” (quizá escritos por Claret mismo). Y es ahí donde aparecen los tres verbos: “El que aspira a la perfección de la vía unitiva debe practicar tres cosas, a saber: orar heroicamente, heroicamente trabajar y heroicamente padecer”. De ahí extrae una síntesis que resulta muy expresiva de su experiencia mística: «Orar, trabajar y sufrir».

¿Por qué recogemos esta anécdota en el Triduo? Porque nos presenta a Claret como místico. Lo que Dios iba realizando en su alma le afecta, le transforma y se convierte inmediatamente en vida y misión. Claret no fue un hombre que primero hacía cosas y después buscaba momentos para encontrarse con Dios. Era un hombre cuya vida se encendía por dentro cuando se encontraba con Él. Así se convierte en el misionero ideal, hecho realidad en su propia vida y, además, en el modelo que él quería que fuéramos nosotros.

⁸ EL AMANTE DE JESUCRISTO. BARCELONA 1848, P. 104

⁹ CARTA DE CLARET A D. JOSÉ CAIXAL EN EC I, P. 227.

Este fue uno de aquellos opúsculos que Claret regaló con profusión, como lo atestiguan las once ediciones que llegó a tener. Incluso el primer biógrafo del santo creyó que el opúsculo había salido de su pluma¹⁰. El P. Clotet, por su parte, concede un gran valor a esta obra en una reseña bibliográfica publicada en vida de Claret: «Este opúsculo, traducido por el Sr. Claret, es una interesante historia de un amante de Jesucristo, muy a propósito para encender en el mismo amor de Jesucristo a los corazones bien dispuestos»¹¹.

Miremos a Claret y preguntémonos con sinceridad: ¿qué necesita reavivarse hoy en nuestro corazón para que nuestra misión vuelva a brotar de esa mística?

5. Preces

Hermanos, elevemos al Señor nuestras súplicas, pidiéndole que, a ejemplo de san Antonio María Claret, hagamos de nuestra vida un camino de mística y misión, sostenido por la oración, la entrega y la confianza.

- Por la Iglesia, para que viva su misión desde una profunda mística, abierta a la acción del Espíritu y comprometida con el anuncio del Evangelio. Roguemos al Señor.
- Por quienes siguen a Cristo en la vida misionera, para que aprendan a orar con hondura y encuentren en el encuentro con Dios la fuente de toda entrega. Roguemos al Señor.
- Por quienes trabajan al servicio del Evangelio, para que sepan trabajar con generosidad y sin perder la paz, confiando siempre en la acción de Dios. Roguemos al Señor.
- Por nosotros, para que sepamos sufrir con Cristo cuando llegue la prueba, permaneciendo fieles y dejando que también el dolor se convierta en camino de santidad y misión. Roguemos al Señor.

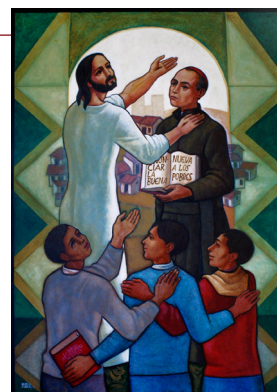
6. Padre nuestro

Con Claret, elevemos al Padre nuestra oración, pidiendo un corazón misionero, encendido por el amor de Cristo.

7. Oración final

Señor Jesús, enciende en nosotros la mística de san Antonio María Claret, para que sepamos orar, trabajar y sufrir con amor, y convertir nuestra vida en anuncio gozoso de tu Evangelio para el mundo. Amén.

8. Cántico final



¹⁰ Cf. AGUILAR, F., *VIDA DEL EXCMO. E ILMO. SR. D. ANTONIO MARÍA CLARET*, MADRID 1871, pp. 316, 317-318).

¹¹ JAIME CLOTET, *RESUMEN DE LA ADMIRABLE VIDA DEL EXCMO. E ILMO. SR. DON ANTONIO MARÍA CLARET Y CLARÁ*, BARCELONA, 1882, p. 325.



MISIONEROS CLARETIANOS

HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

PREFECTURA GENERAL DE ESPIRITUALIDAD Y VIDA COMUNITARIA